

Sevilla

LUNES • 29 MARZO 1999

6

EL CORREO DE ANDALUCÍA

REGISTROS

En aquel tiempo

Eduardo Pons Prades

Fue el 22 de febrero de 1959 cuando conocí a José Agustín Goytisolo, y a otros del *interior*, al pie de la tumba de don Antonio el Bueno, en Collioure. Se recuerda como el gran primer encuentro del *exilio* con el *interior*. Y por el gran despliegue de la policía franquista: tomando fotos de los asistentes y de las matrículas de los coches.

A José Agustín lo pude haber conocido veinte años antes. Exactamente el 17 de marzo de 1938, cuando los bombardeos de terror contra la Ciudad Condal los 16, 17 y 18 de marzo –con una incursión cada tres horas–, en el ataque aéreo del día 17, a las 12:30 horas. Aquellos días conducía yo un auto-ambulancia y caí herido en la zona Granvía-Balmes, donde desapareció para siempre –entre cientos de barceloneses–, Julia Gay, la madre de los Goytisolo. José Agustín iba a cumplir, en abril, sus diez años. Era el mayor de los tres hermanos: de Juan, y de Luis, novelistas.

En Collioure, algunos, los que poseían

pasaporte, que eran los menos, traían la representación de sus compañeros. Por lo regular de los de la llamada generación de los 50: Ángel González, Caballero Bonald, Alfonso Grosso, Valente, Claudio Rodríguez, Francisco Brines... Es decir: la inmensa mayoría de los escritores jóvenes –en prosa o verso– que se habían situado, abiertamente, frente a la dictadura franquista y sus incontables secuaces. Los que demostrarían que, para armonizar inquietudes y acciones del interior y del exilio, era posible reconstruir el puente destruido en 1939.

En Francia, en Suiza y en España tuvimos ocasión de conocer a casi todos ellos –en las décadas de los 60 y 70– y José Agustín sobresalía del lote –dicho sea con el máximo afecto y consideración para los restantes–, a la vez por su talante enigmático y por

su gran capacidad de entrega. Dulzura y sarcasmo se compaginaban, también, tanto en su vida como en su obra. Quizá la clave estaba en estas palabras suyas: “Muchos de nosotros, barceloneses de cuerpo entero –los Goytisolo eran una familia vasco-cubana–, escribímos en castellano para embellecer, en lo que cabe, esa bella lengua y delatar a los que han pretendido prostituirla con esa jerga clericalo-castrense heredada de nuestra guerra”. El enfrentamiento de una cultura genuina y de un vacío cultural espantoso, fue otra guerra que nuestros *davides* libraron contra los *goliats* de turno.

A ninguno de nosotros extrañaba que cada año, a medio paso de la primavera, cuando se acercaba el aniversario de la desaparición de su madre, José Agustín cayese en una depresión. Contra la que ni su compañera Asunción ni su hija, Julia, con su incommensurable cariño derrochado hora a hora, pudieron borrar la hiriente huella del pasado.

Iñaki